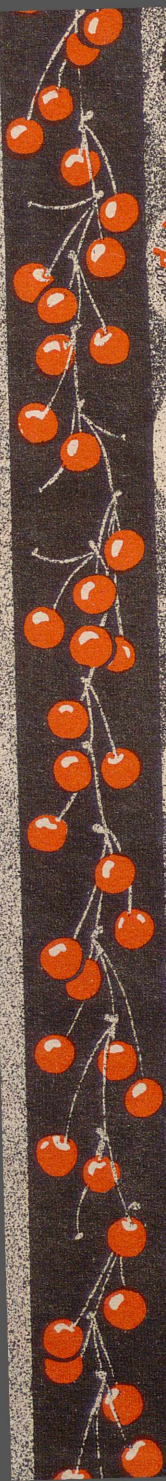
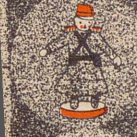


LOS ZAPATOS DE LA EMPERATRIZ





**PERIODE
 DE
 CALLE
 CALLE**





— No me casaré contigo si no me traes unos zapatos de nuestra emperatriz.

CUENTOS DE CALLEJA

LOS ZAPATOS
DE LA
EMPERATRIZ

Ilustraciones de
HORTELANO



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA

Tomon.º 24

TITULOS QUE COMPONEN ESTA BIBLIOTECA

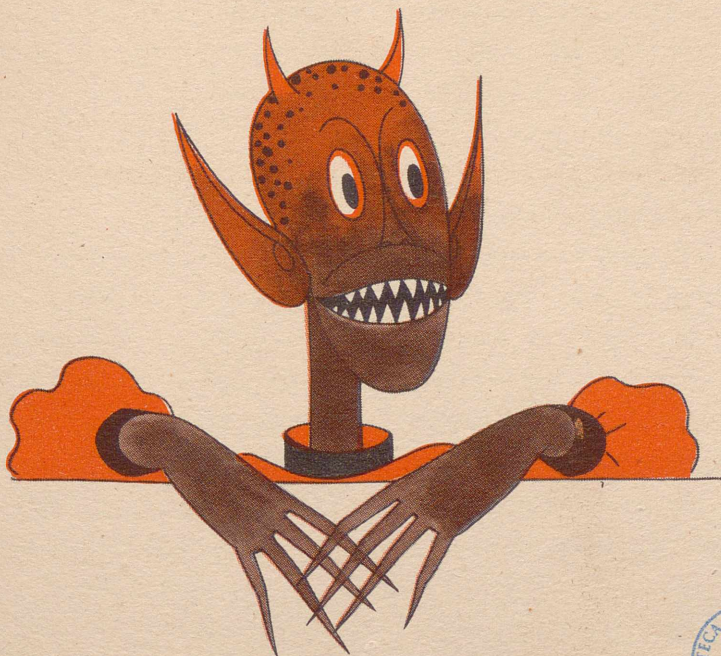


1. 7.117 pollos y medio.
2. Lluvia de cuentos.
3. Leyendas de Oriente.
4. Sucesos extraordinarios.
5. Premio de aplicación.
6. Almacén de cuentos.
7. Tesoro de los niños.
8. Viejo astuto.
9. Plaga de dragones.
10. Los tres enanos de distintos colores.
11. Pulgarcito quiere crecer.
12. La alegría de los niños.
13. Viajes extraordinarios.
14. El capitán Cortamontes.
15. Hásib el leñador.
16. El cisne blanco como la nieve.
17. De artesano a Emperador.
18. Guía de la juventud.
19. España y su historia.
20. El recreo de mis hijos.
21. Cuentos azules.
22. El labrador y el rey.
23. Cuentos infantiles.
24. Los zapatos de la Emperatriz.
25. Pelusa.
26. Aventuras de Pinocho.

COPYRIGHT 1936 - BY
ED. SATURNINO CALLEJA S. A.

Talleres OFFSET · San Sebastián

PRINTED IN SPAIN



CAPÍTULO PRIMERO

Un diablo furioso y vengativo.



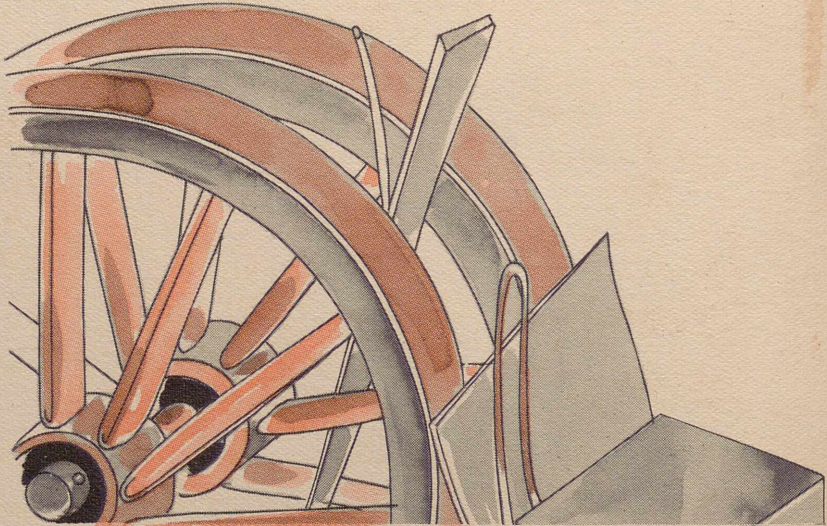
En una de las regiones más apartadas de la inmensa Rusia y en un pequeño pueblecito vivía un joven herrero llamado Natuka. Era un fuerte y gallardo mocetón que, además de muy hábil en su oficio, tenía grandes dotes de pintor, por lo que le ha-

bían encargado la decoración de uno de los lienzos de la iglesia nueva que habían construído en el pueblo.

Natuka sólo había hecho los primeros estudios en la escuela, pero su inteligencia, muy despierta, suplía la falta de estudios. Aunque de escasa cultura estaba muy lejos de creer en las absurdas supersticiones que muchos de sus incul-tos vecinos tomaban como artículo de fe.

El tema que eligió para la pintura que le habían encarga-do en la iglesia fué el del Juicio final; y al trasladar al lien-zo el fruto de sus meditaciones acreditó no sólo su buen gus-to y su robusto temperamento artístico, sino una inspiración personalísima que reflejaba lo que a su juicio entendía él que debería ser aquel acto tan trascendental.

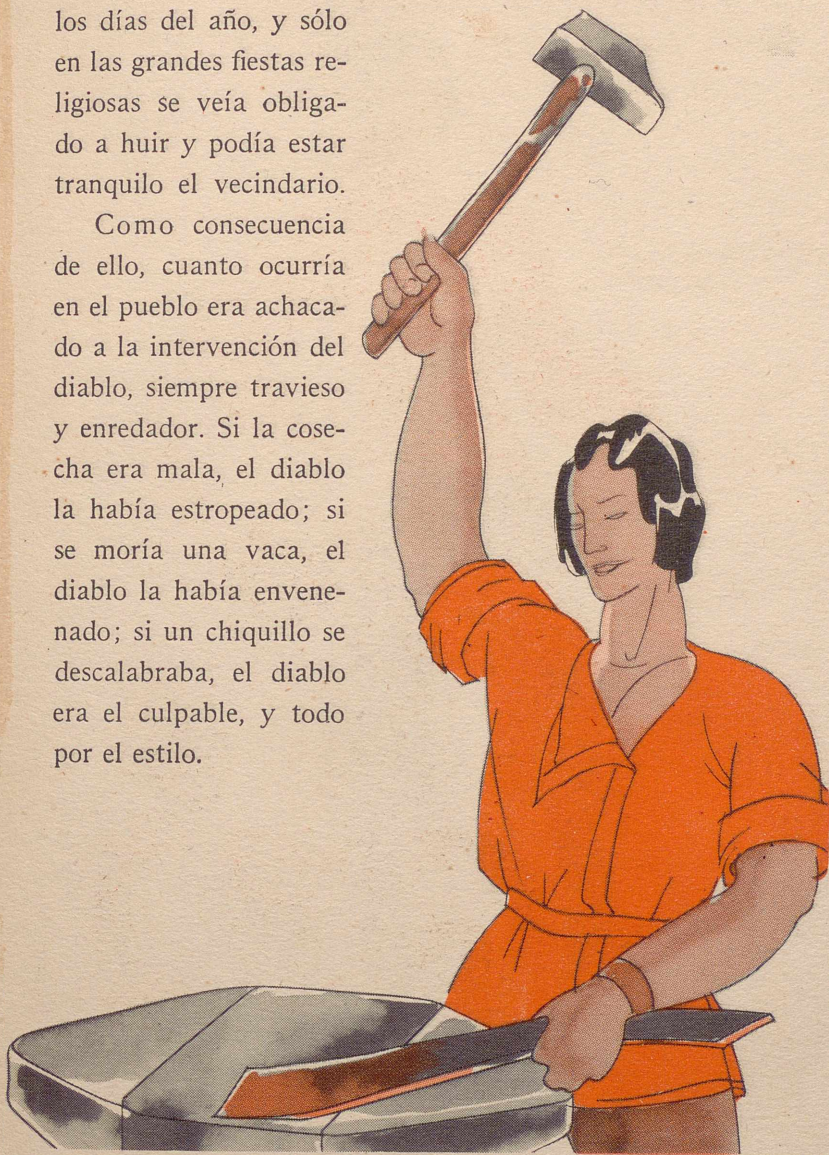
Existía en su pueblo una antigua superstición, según la cual, el diablo andaba suelto y haciendo de las suyas todos

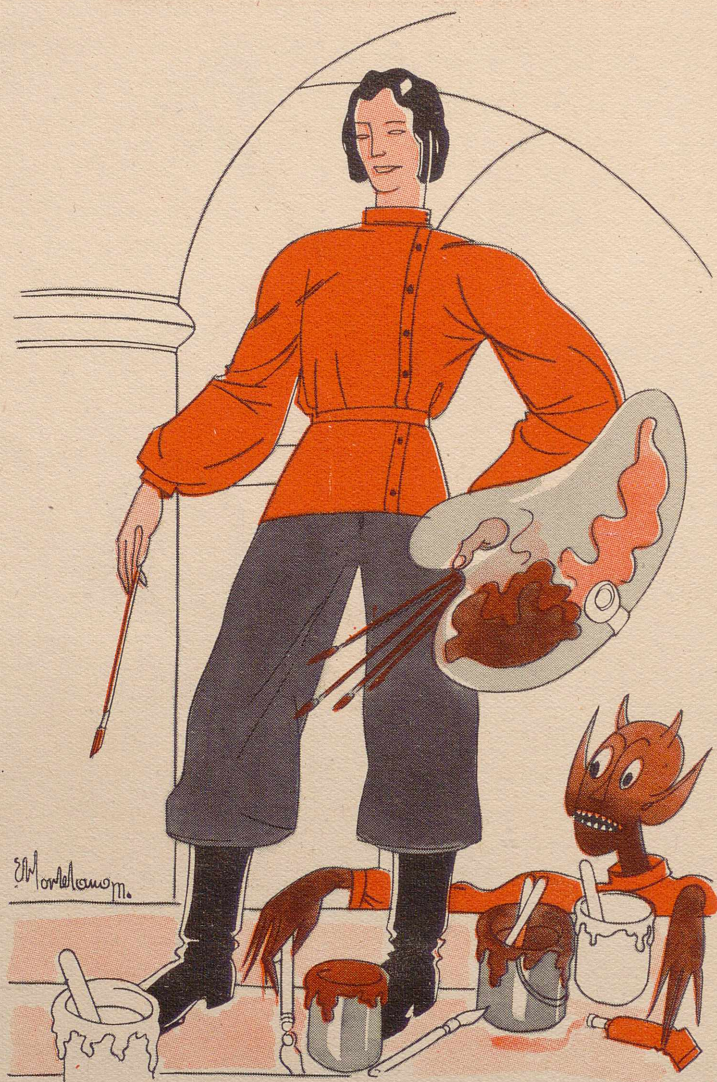


Los zapatos de la emperatriz

los días del año, y sólo en las grandes fiestas religiosas se veía obligado a huir y podía estar tranquilo el vecindario.

Como consecuencia de ello, cuanto ocurría en el pueblo era achacado a la intervención del diablo, siempre travieso y enredador. Si la cosecha era mala, el diablo la había estropeado; si se moría una vaca, el diablo la había envenenado; si un chiquillo se descalabraba, el diablo era el culpable, y todo por el estilo.





... un día notaba Natuka que le faltaba algún pincel...

Natuka se ponía furioso cada vez que oía hablar del diablo y decía que si en alguna ocasión caía en sus manos, tal paliza le daría, que le iban a quedar pocas ganas de repetir sus visitas al pueblo. Sin duda inspirado por esta rabia, en su famoso Juicio final se había esmerado al dibujar la figura de San Pedro; una legión de demonios huía desesperadamente ante el encendido celo del Santo, perseguidos por muchas almas que propinaban a los fugitivos una verdadera lluvia de golpes. El demonio principal, sobre todo, además de espantoso y horrible, era el que más golpes recibía y el que huía con mayor velocidad.

Ya estaba trazado el dibujo en negro y bastante adelantado el colorido, cuando por lo visto llegó a conocimiento del demonio la noticia de la pintura que hacía Natuka; fué a echar un vistazo, y, desde lejos, pues en la iglesia no podía entrar, se sintió profundamente contrariado el verse tan horrible y en situación tan humillante y ridícula. Trató de perturbar y retrasar cuanto pudo la ejecución de la obra, y merced a sus perversas maquinaciones, un día notaba Natuka que le faltaba algún pincel; otro, al coger los colores en su casa, los encontraba revueltos y mezclados. Sin embargo, a pesar de éstas y de otras parecidas travesuras, la pintura se terminó, y todo el pueblo desfiló para admirarla y elogiarla. La fama de Natuka como pintor y como artista llegó a su más alto grado entre los vecinos del pueblo.

Pero, en cambio, el diablo prometió vengarse de Natuka por cuantos medios pudiera. Ya había éste notado todas las perturbaciones que sufrían sus elementos de pintura, e inme-

diatamente algunos vecinos le sugirieron la idea de que todo aquello no podía ser sino cosa del diablo. Cuando la obra quedó terminada, se sucedieron otros parecidos incidentes.

Un día no encontraba sus herramientas de trabajo. Otro, se apagaba repentinamente el fuego de la fragua. Otro, no encontraba los zapatos, o cualquiera otra prenda, en el momento de vestirse. Natuka se reía mucho con todo ello, y cuando le decían que cuanto le sucedía era como venganza del diablo, respondía, poco crédulo a tales insinuaciones:

— Pues si tan enfadado está el pobre diablo, que se presente ante mí. Ya veréis qué expresivas, elocuentes y contun-



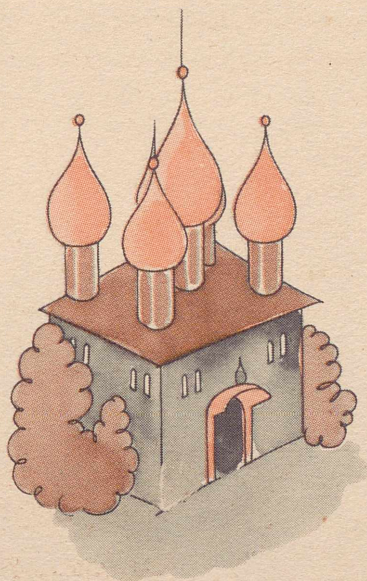
dentes explicaciones le daré yo. No creo que todo un señor diablo vaya a tener miedo de un pobre herrero. Que venga, que venga, y veréis qué bien me las entiendo con él.

El diablo estaba cada vez más furioso ante el desprecio del valiente Natuka, y firmemente resuelto a intimidarle con su persecución, vigilaba y discurría sobre el medio de colocarle en una situación realmente apurada.

Se nos había olvidado decir que Natuka era novio de Bituki, la muchacha más guapa de pueblo, con quien debía casarse dentro de pocos meses. Bituki tenía unos preciosos ojos azules, un pelo color de oro y unos pies tan pequeños y admirables, que eran la envidia de todas las mozas del pueblo donde vivía y de las de todos los de aquella comarca.

Bituki, aunque muy buena en el fondo, era un poco vanidosa y gustaba de mortificar algunas veces a Natuka con referencias a lo mucho que ella hubiera podido brillar y lucir en una población importante donde hasta los caballeros más poderosos admirarían seguramente su excepcional belleza.

Es natural que a Natuka le hicieran muy poca gracia estas alusiones de su prometida, pero como conocía sus buenas



cualidades, no les concedía demasiada importancia y las tomaba como pequeños e inevitables desahogos de la natural vanidad en una muchacha tan bonita.

Pero el furioso diablo, siempre vigilante para causar a



Natuka un trastorno tan grande como fuera posible, comprendió que podía sacar algún partido de estas ligeras desavenencias entre los dos jóvenes y se dedicó con tanta paciencia como constancia a fomentar la vanidad de Bituki.

Pronto se notó la intervención del humillado diablo y su influencia sobre Bituki, pues comenzó a advertirse que la muchacha estaba siempre pendiente de sus vestidos y pei-

Los zapatos de la emperatriz

nados. En lugar de su anterior sencillez, no consentía que le diera el sol por miedo de estropear su cutis. En cuanto se levantaba un poco de aire, corría a su casa para no despeinarse. Sólo le agradaba hablar de modas, trapos y adornos.



Natuka observó el cambio con gran tristeza, y aunque trató de alejar de la mente de Bituki aquel exagerado y pernicioso culto de sí misma, sólo obtuvo como resultado, discusiones bastantes agrias, y desistió de su intento, con la esperanza de que se trataría de una momentánea obsesión, que habría de desaparecer ella sola con el tiempo.

Llegaron las fiestas del pueblo, que todas las mozas y



mozos esperaban siempre con tanta alegría como impaciencia. Era costumbre que los mozos fueran con las muchachas a la fiesta de inauguración, en la que se presentaban todas con sus mejores galas.

Natuka fué a casa de Bituki para acompañarla a la fiesta. Se anticipó un poco a la hora convenida, y al llegar vió por una ventana a la mu-

chacha que, muy emperifollada, se contoneaba ante el espejo. Se acercó para saludarla, y oyó que decía, contemplándose:

— ¿Seré efectivamente tan bonita como dicen? ¿No habrá otras muchas muchachas más guapas que yo? Tengo bonitos ojos, un hermoso pelo y unos pies pequeños, pero quizá los de otras sean todavía mejores. ¡Bah! En todo caso, no tengo rival en el pueblo. ¡Vamos a lucir y a divertirme!

— Buenas tardes, Bituki — dijo Natuka — ; estás realmente muy guapa.

No le hizo ninguna gracia a la presumida muchacha que hubieran sido sorprendidas sus confidencias ante el espejo, y contestó un poco destempladamente:

— ¿Por qué has venido antes de la hora convenida?

— Por mi deseo de verte y de hablar contigo. Te encuentro cambiada, querida Bituki, y ello me duele mucho. ¿Acaso no me encuentras digno de ti?

Los zapatos de la emperatriz

— El que yo sea un poco ambiciosa y pretenda ocupar la mejor posición posible, no creo que merezca censuras. También tú debes aspirar a ser algo más que un simple herrero. Ahora vamos a la fiesta y dejemos estas cuestiones.

Llegada la pareja al punto de reunión, todas las muchachas cambiaban cumplidos sobre sus trajes y adornos. Una de ellas llevaba unos zapatos mucho más bonitos y lujosos que los de todas sus compañeras. Muy contrariada Bituki, no pudo contenerse y exclamó:

— ¡Feliz tú, que tienes quien te regale tan bonitos zapatos!

— No te preocupes, Bituki, y disculpa mi descuido — dijo





Natuka —. Yo te regalaré otros zapatos aún más bonitos que esos que tanto te han gustado.

Pero Bituki, impulsada por su despecho al ver que otra muchacha lucía más que ella, dijo soberbiamente:

—No me casaré contigo si no me traes unos zapatos de nuestra emperatriz.

Verdaderamente dolido por la actitud de su prometida, la miró severamente, y dijo:

—Quizás lo hayas dicho sin pensarlo ni sentirlo, pero

Los zapatos de la emperatriz

ahora mismo me marcho y no volverás a verme si no puedo traerte los zapatos de la emperatriz.

Y dichas estas palabras, desapareció rápidamente.

El diablo, inspirador de todos estos incidentes, se frotó las manos de gusto al ver el feliz resultado de sus primeras maquinaciones, y rápidamente se encaminó a casa de Natuka con el designio aparente de ayudarle a salir de la apurada situación en que se encontraba, pero en realidad para humillarle primero, y despreciarle después, si no se entregaba por entero a merced suya.





CAPÍTULO II

Un viaje original.

ENTRÓ en su casa Natuka furioso y malhumorado y vió a un extraño y feísimo personaje que, sentado en una silla, le miraba sonriente:

—¿Quién eres tú y qué haces aquí? — le increpó.

—Soy un diablo que conoce tus apuros y te ofrece su ayuda.

— ¿En qué consiste esa ayuda y qué pides a cambio?

— Puedo lograr cuanto desees, a cambio de que te entregues por completo en mis manos.

— Veamos antes si esa ayuda es eficaz; y en cuanto a lo de entregarme en tus manos. . .

Rápidamente se lanzó Natuka sobre el diablo, le agarró por el rabo y empezó a vapulearle con gran entusiasmo. El pobre diablo, que no esperaba tan afectuosa acogida, daba grandes chillidos, pero Natuka, impertérrito, seguía propinándole una lluvia de golpes, hasta que el diablo, molido, exclamó:

— ¡Déjame y te prometo marcharme ahora mismo!

Cesaron los golpes, pero Natuka conservó el rabo del diablo bien sujeto entre sus manos.

— No basta con que te marches. Has de realizar cuanto yo te diga. De lo contrario, seguirá la paliza, que me divierte mucho.

— ¡Bueno! ¡Bueno! Pídemelo lo que quieras y trataré de complacerte.

— Pues mira. En primer lugar has de llevarme rápidamente a la capital. Una vez allí te iré pidiendo lo que necesite.

— Te complaceré en tus



deseos. Cuando sea de noche sube sobre mí y en un momento estaremos en la capital.

Apenas se hizo de noche, Natuka montó encima del diablo, y siempre con el rabo bien agarrado, salieron por el aire en un vuelo tan rápido como cómodo. En poco tiempo llegaron a la capital, y el diablo, de acuerdo con las indicaciones de Natuka, bajó a tierra en las afueras.

—Ahora te harás invisible para todo el mundo menos para mí, porque no quiero andar por las calles con tan indeseable acompañamiento, que asustaría a todo el mundo.

El diablo, que estaba tan corrido como asustado por la



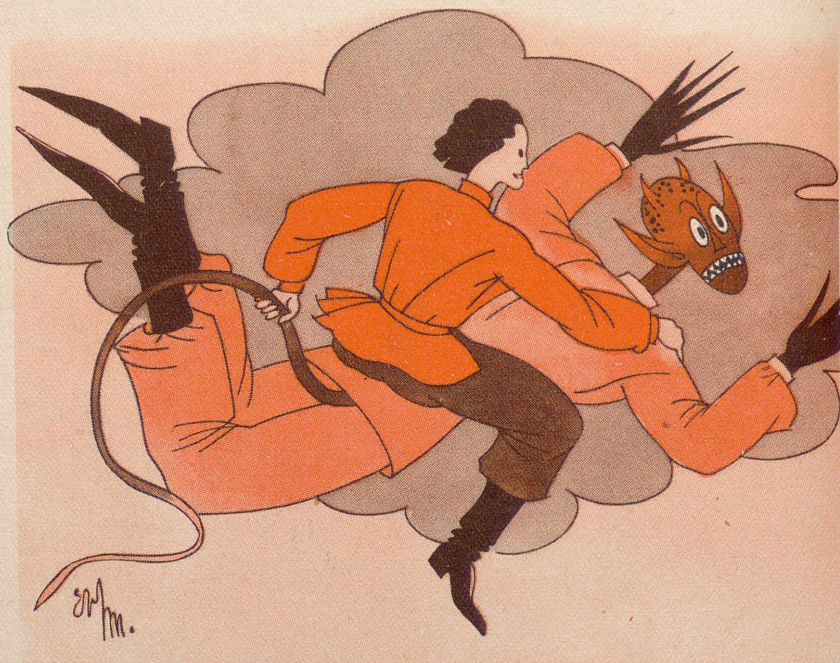
Los zapatos de la emperatriz

fenomenal paliza recibida, obedecía sin chistar, y Natuka se dirigió en busca de alojamiento. Una vez instalado, pidió una caja muy fuerte y en ella encerró cuidadosamente al diablo, pero dejó fuera el rabo, que ató a una de las patas de su cama.

— Como intentes huir, voy a convertirte en papilla — le advirtió antes de acostarse.

A la mañana siguiente, muy tempranito, Natuka salió a dar un paseo por la ciudad. Estaba asombrado al ver tantos hermosos edificios, magníficos palacios, jardines y otras muchas bellezas que encerraba; pero todavía llamaron más su atención las carrozas con damas lujosamente vestidas y los



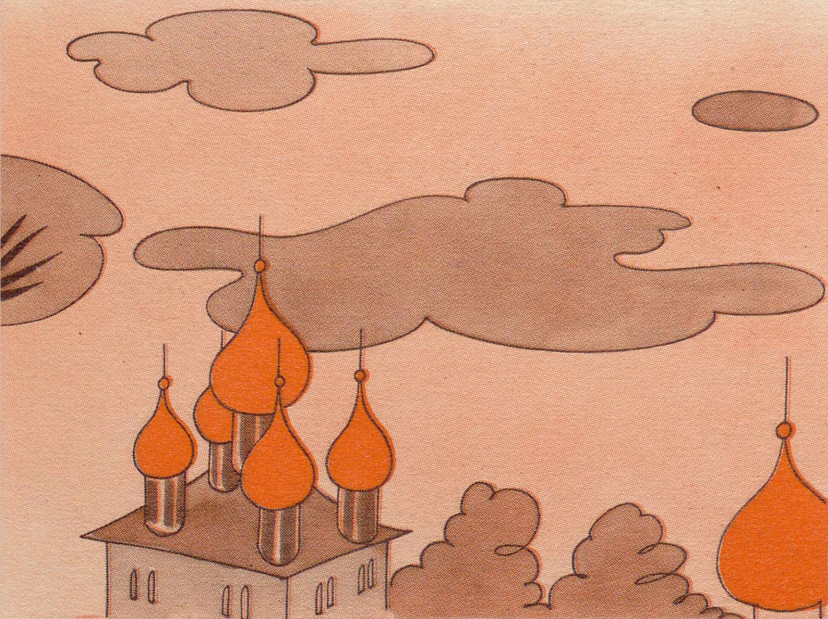


gallardos jinetes montados en soberbios caballos ricamente enjaezados.

— A la vista de tantos atractivos, justifico en parte a mi querida Bituki — se decía Natuka — . Pero de todos modos, he de cumplir mi promesa y no volveré a su lado mientras no puedo llevarla los zapatos de la emperatriz.

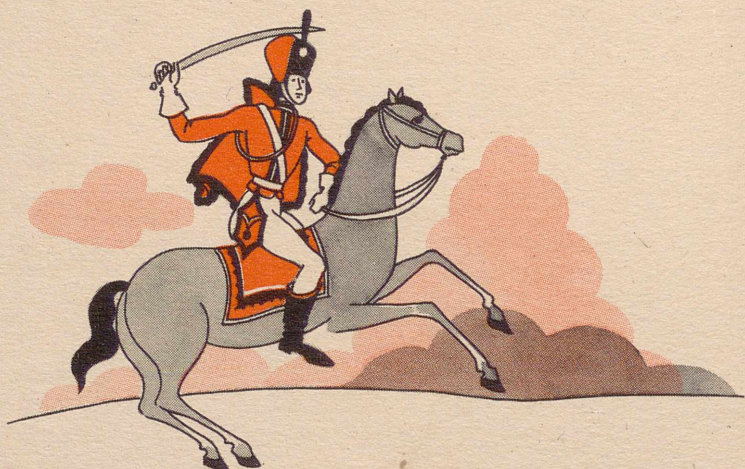
Después de dedicar unos días a visitar la ciudad, Natuka

Los zapatos de la emperatriz



pensó en la necesidad de buscar una ocupación que le permitiera ganar algún dinero.

Como era muy hábil en su oficio, pronto fué admitido en una hermosa herrería, donde encontró muy cordial acogida. Durante su trabajo pensaba sin cesar en el modo de encontrar el medio de lograr su difícil deseo: acercarse a la emperatriz.



CAPÍTULO III



Natuka se hace soldado.

RABAJABA un día Natuka en la herrería, cuando se oyó un gran ruido de clarines y caballos. Todo el mundo acudió a la puerta para presenciar el marcial desfile de un brillante grupo de soldados vistosamente vestidos y montados en hermosos caballos. Preguntó Natuka qué fuerza era aquélla, y le contes-taron que era parte de la guardia personal de la emperatriz.

Apenas oída la respuesta, prendió en su mente la idea de

Los zapatos de la emperatriz

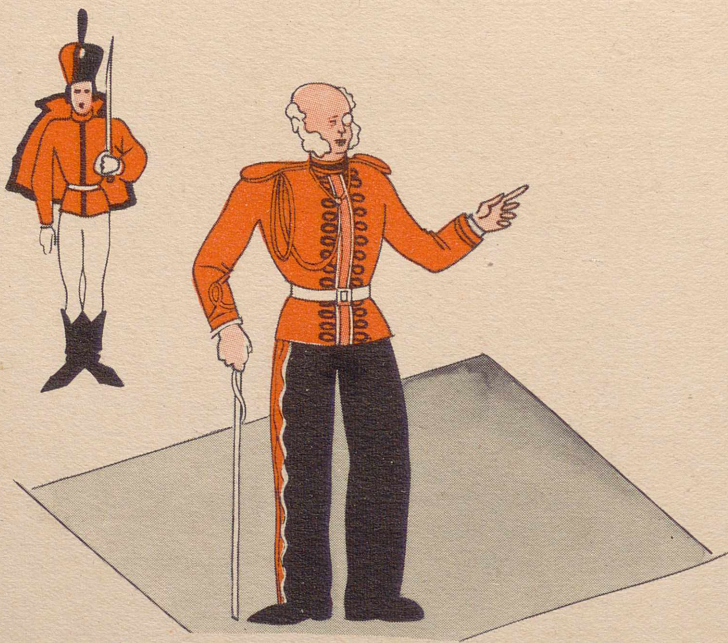
ingresar en la guardia personal de la emperatriz; pero sus primeras informaciones le demostraron que aquello era mucho más difícil de lo que parecía, pues se trataba de un cuerpo muy seleccionado y escogido entre todos los soldados del imperio.

Cuanto mayores eran las dificultades, tanto más deseaba lograr sus deseos. Sabía que los soldados de la guardia personal hacían el servicio dentro del palacio de la emperatriz, y comprendía muy bien que éste era el único medio que tenía para conseguir su propósito de hablar con la soberana.

A fuerza de constancia e insistencia; con ruegos y visitas



a unos y otros, logró, por fin, que le recibiera el coronel de la guardia imperial. Era este coronel un viejo y bondadoso soldado, que aunque inflexible y severo en todo cuanto se refería al servicio y a la disciplina, quería a sus soldados como



si fueran cosa suya y los atendía en cuanto le pedían con todo su interés e influencia.

Llegado a su presencia Natuka, se sintió el coronel favorablemente impresionado por su gallardo aspecto, así como por la simpatía que inspiraba a cuantos le veían.

Los zapatos de la emperatriz

— ¿Qué deseas, muchacho? — preguntó el coronel.

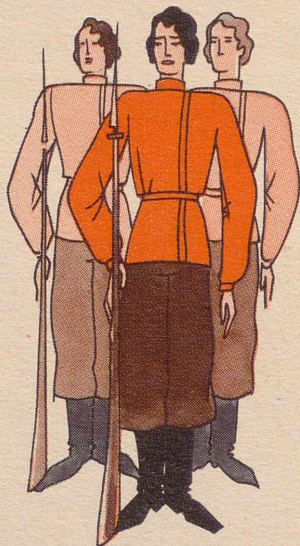
— Yo quisiera que os dignárais otorgarme vuestra protección para lograr mi deseo de entrar en el cuerpo de la guardia imperial.



Sonrió el coronel con agrado ante aquel lenguaje sencillo y sincero.

— Mucho pides, buen muchacho, porque no es fácil entrar en la guardia imperial. ¿Quién eres y de dónde vienes?

Refirió Natuka un poco de su historia en lo referente a su



disputa con Bituki, pero ocultó cuidadosamente todo lo referente a los zapatos de la emperatriz, pues acertadamente suponía que sus propósitos le hubieran parecido al coronel tan descabellados como irrespetuosos.

Le oyó atentamente el jefe de la guardia imperial, cada vez más inclinado en favor de Natuka, y le despidió con estas palabras:

— Nada puedo contestarte ahora, pero vuelve por aquí dentro de cuatro días y veremos qué noticias puedo darte.

Muy contento salió Natuka de la entrevista, pues aunque no había logrado nada definitivo, él había supuesto mayores dificultades y la cordial acogida que había tenido le parecía muy favorable para conseguir sus deseos.

A los cuatro días y con puntualidad militar, se presentó de nuevo en el cuartel de la guardia imperial. Pronto fué recibido por el coronel, que había tomado algunas informaciones. Todas ellas confirmaron lo relatado por Natuka y proporcionaron muy buenos informes sobre su persona y conducta.

— Quiero ayudarte, bravo muchacho — dijo el coronel —, pero no es posible darte una plaza en la guardia imperial

Los zapatos de la emperatriz

sin que antes efectúes algunas pruebas y ensayos. Vente por aquí mañana y te daré una plaza de aspirante. De tu comportamiento dependerá después que puedas llegar pronto a formar parte de la guardia imperial.

Es fácil suponer la enorme alegría de Natuka al oír estas palabras. Después de expresar su alegría y de agradecer debidamente tan señalado favor, se despidió respetuosamente del coronel.

Al día siguiente, antes del toque de diana, estaba Natuka en la puerta del cuartel. El día anterior se había despedido del dueño de la herrería y de sus compañeros de trabajo, quienes le felicitaron cariñosamente por su ingreso en la guardia imperial.

Pronto empezaron los trabajos de Natuka, que aprendía la instrucción, el cuidado y manejo del caballo y las otras obligaciones propias de un soldado.

Al principio los soldados de la guardia imperial le acogieron con algún recelo, pero pronto supo captarse las simpatías de todos por su carácter alegre y bondadoso. Siempre estaba dispuesto para ayudar a sus compañeros; hacía cuanto le ordenaban con tanto agrado como puntualidad, y





El Hordelau m.

... al día siguiente dieron a Natuka su equipo completo.

cumplía con todas sus obligaciones tan exactamente, que el coronel recibía constantemente los más favorables informes de todos sus jefes.

Pasado algún tiempo, hubo varias vacantes en la guardia imperial. El coronel mandó llamar a Natuka.

— Estoy muy contento de tu comportamiento y tanto te has aplicado, que ya estás en condiciones para formar parte de la guardia imperial. Voy a darte una de las vacantes que existen, pero cuida mucho de seguir como hasta ahora, pues ya sabes que soy inflexible ante cualquier falta, por pequeña que sea.

— Mi coronel: sería yo muy ingrato si no fuera siempre el mejor soldado de la guardia imperial en el cumplimiento de todas mis obligaciones. Contad con toda mi gratitud y adhesión.

— Está bien y así lo espero. Vete y mañana vestirás tu nuevo uniforme.

Al día siguiente dieron a Natuka su equipo completo. De acuerdo con la costumbre establecida, debía ser presentado a la emperatriz en unión de sus nuevos compañeros. Rebo-sante de satisfacción y de legítimo orgullo, se puso Natuka el lujoso y vistoso uniforme de gran gala, lleno de bordados de oro. A las tres se encaminó al palacio imperial.

Mucho había supuesto Natuka al imaginarse cómo sería el palacio imperial, pero todo resultó muy pálido ante la realidad, cuando entró en aquel soberbio edificio y empezó a recorrer salones y más salones con maravillosos muebles y espejos; las paredes con adornos de oro y soberbios cuadros

y espejos dejaron atónito al buen Natuka, cuya principal preocupación consistía en no dar un temible resbalón en aquellos suelos que brillaban como espejos.

Llegados a la antecámara imperial, encontraron al coronel que les pasó cuidadosa revista. Encontró algunos pequeños defectos en sus compañeros, pero Natuka iba impecable y recibió una satisfactoria sonrisa del coronel, que le llenó de gozo.

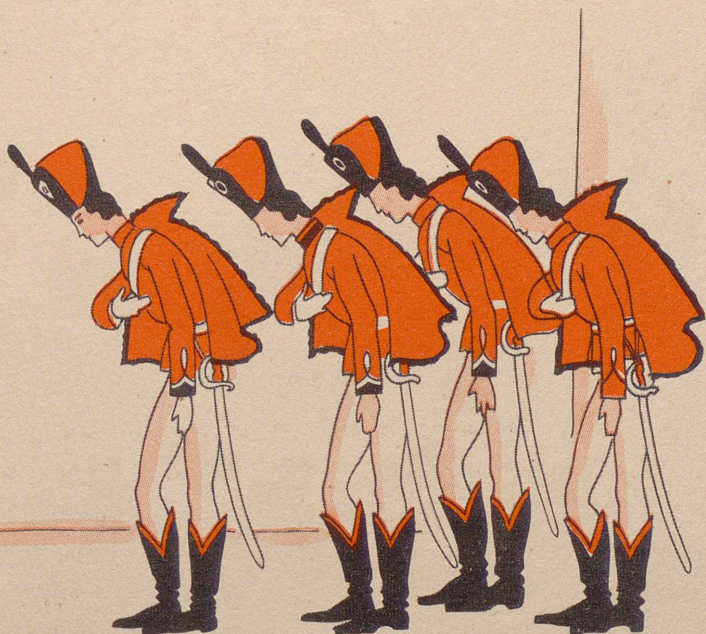
Pronto pasaron a presencia de la emperatriz, una bella y afable dama, ya de alguna edad, pero con tal aire de majestad, que, no obstante su agradable sonrisa, imponía grandísimo respeto. Con todos los soldados de su guardia conver-



Los zapatos de la emperatriz

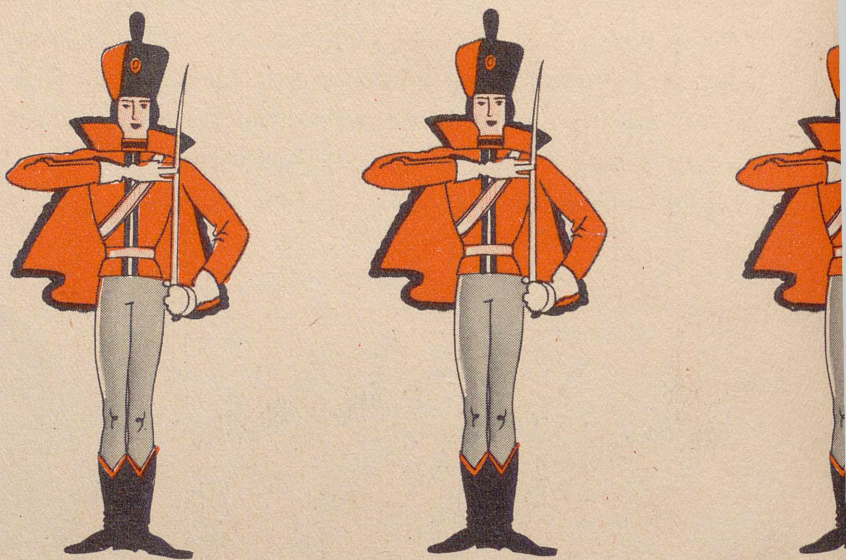
só muy amablemente, preguntándoles de dónde eran y noticias de sus respectivos pueblos, y unos más que otros, casi todos, contestaban con embarazo y azoramiento.

Cuando le llegó el turno a Natuka, éste, cuadrado y rígido como una estatua y sin hacer el más leve movimiento, respondió respetuosa, pero decididamente; la emperatriz, con un pequeño movimiento de cabeza, indicó que daba por terminada la conversación, y Natuka entonces retrocedió dos pasos y con un gran taconazo se quedó inmóvil. La emperatriz dirigió una sonrisa al coronel, como favorable muestra de la buena impresión que le había producido la correcta y marcial conducta del nuevo soldado.



De regreso en el cuartel, Natuka recibió orden de que fuera a ver al coronel. Un poco alarmado acudió el nuevo soldado, temeroso de haber cometido alguna involuntaria falta durante la audiencia de la emperatriz, aunque él había cuidado mucho de seguir fielmente las instrucciones recibidas.

— Estoy orgulloso de ti, mi buen Natuka, y la empera-



triz ha quedado especialmente complacida por tu conducta durante la audiencia. No me arrepiento, sino que, por el contrario, estoy muy satisfecho por haberte protegido y ayudado. Sigue siempre como hasta ahora y no te arrepentirás, porque has entrado con muy buen pie en la guardia imperial.

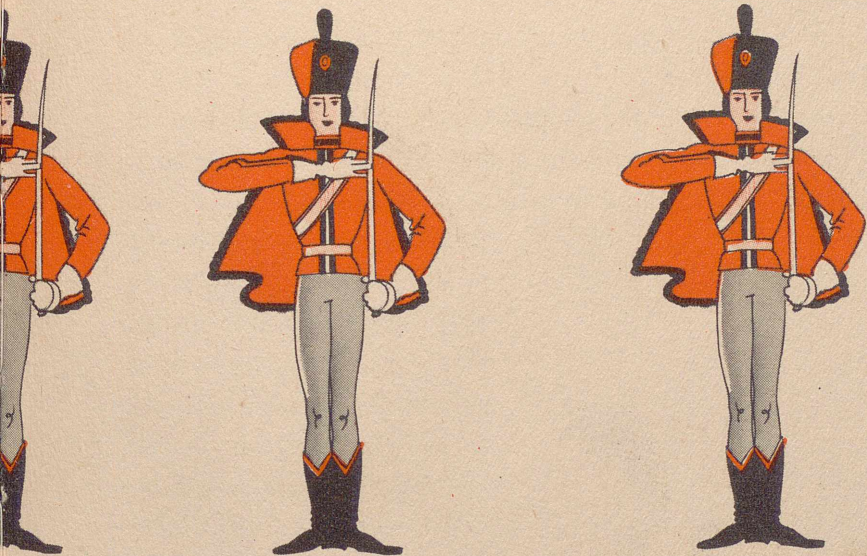
Rojo de contento salió Natuka y dió un formidable suspiro de alivio al ver que sus temores de una reprimenda se

Los zapatos de la emperatriz

habían convertido en un elogio tan grato como raro en el coronel, que no los prodigaba entre sus subordinados.

Natuka seguía cumpliendo con sus deberes con todo entusiasmo y sin que nunca mereciera la más pequeña observación. Todo el mundo le quería y admiraba.

Hizo varias guardias en el palacio imperial, pero siempre



le tocaban puestos alejados de las habitaciones de la emperatriz, hasta que un día le correspondió el hacer su servicio en la misma antecámara donde se celebró la audiencia de su presentación.

Salía la emperatriz acompañada por su séquito y miró, como siempre hacía, al soldado que estaba de guardia.

— ¡Ah! — dijo — . Este es el nuevo soldado que tan bien

se portó el día de su presentación. Quiero recordar su nombre. ¿No te llamas Natuka? ¿Estás contento en el servicio?

Natuka, presentando armas y completamente inmóvil, respondió:

— Señora, ese es mi nombre, que honráis mucho al recordarlo, y el estar a vuestro imperial servicio es mi mayor orgullo.

Sonrió muy halagada la emperatriz ante esta respuesta, y añadió:

— Bien, bien; me complace mucho que los soldados de mi guardia estén contentos y tendré gusto en atender cualquier petición que quieras hacerme. Piensa en ello, que pronto

te preguntaré lo que deseas.

Atónitos contemplaban esta escena cuantos formaban el séquito de la emperatriz, pues no era normal que la emperatriz hablara con un soldado de la guardia cuando estaba de servicio. Pero todavía fué mayor la orgullosa satisfacción del coronel cuando tuvo conocimiento de lo ocurrido.



— Pocas veces estuve tan acertado como cuando me decidí a proteger a este buen Natuka. Hasta la emperatriz

le distingue, y de modo bien extraordinario. Estoy realmente encantado — se decía el coronel.

Y acertaba el coronel en sus suposiciones, pues en su primera audiencia con la emperatriz, y una vez despachados los asuntos que llevaba, le dijo la emperatriz:

— Por cierto, coronel, que entre los soldados de la guardia tienes uno cuyo nombre es Natuka, que me ha producido excelente impresión desde el primer día. Mira a ver si es posible que ascienda, pues me parece digno de ser algo más que un simple soldado.

— Será para mí una verdadera satisfacción cumplir vuestras órdenes, pues efectivamente se trata de uno de mis mejores soldados.

Natuka recibió de nuevo la orden de presentarse al coronel.

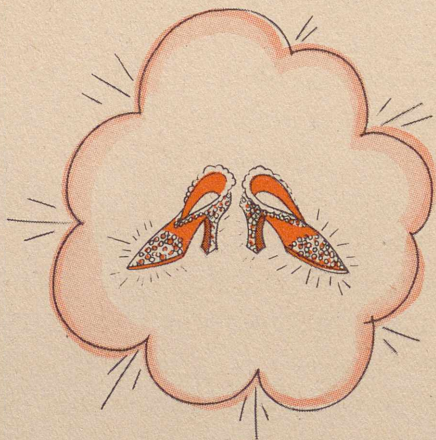
— Desde hoy quedas ascendido a suboficial, mi buen Natuka. Tengo una verdadera satisfacción en comunicártelo y en añadir que debes tu ascenso a una orden personal de la emperatriz. Espero que harás honor a tu ascenso y que seguirás cumpliendo fielmente todas tus obligaciones.

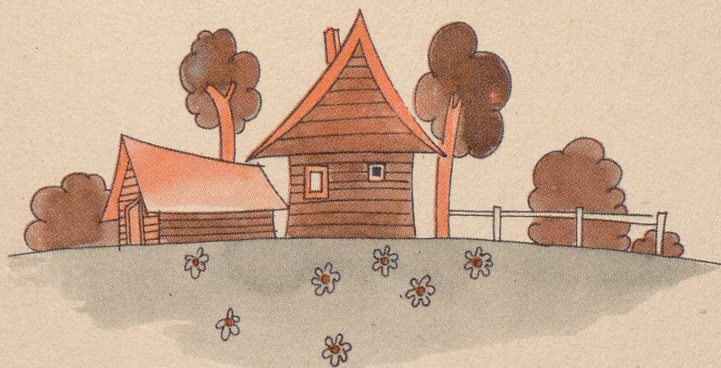
Contentísimo Natuka dió efusivamente las gracias, y rei-



teró su propósito de esforzarse todavía más en dar ejemplo de disciplina y buen comportamiento.

No sorprendió entre sus compañeros el ascenso de Natuka, pues desde el día en que supieron que la emperatriz le había hablado durante su guardia, le miraban con profundo respeto mezclado con un poquito de temor. Hasta había corrido el rumor de que se trataba del hijo de un personaje que deseaba conservar el incógnito.





CAPÍTULO IV

Los zapatos de la emperatriz.



ATUKA estaba satisfechísimo como es de suponer por su buena suerte. No obstante su ascenso, seguía siendo tan sencillo como siempre, y fuera de los actos de servicio trataba a los soldados como cuando eran sus simples compañeros.

Muchas veces se acordaba de Bituki y pensaba:

— ¡Cómo me gustaría que me viera ahora en palacio y con mi bonito uniforme! No me diría que mis aspiraciones no

debían limitarse a ser un simple herrero. Y reconozco que en esto tenía razón, pero no en el modo de tratarme. Tiene bien merecida una pequeña lección y además yo la ofrecí los zapatos de la emperatriz, y he de llevarlos.

Con motivo de su ascenso Natuka fué recibido en audiencia por la emperatriz, que le acogió muy afablemente, y después de felicitarle por su ascenso, en el momento de despedirse, añadió:

— No dejes de pensar en lo que quieras pedirme, pues pronto llegará la ocasión en que te preguntaré lo que deseas.

Muy intrigado se quedó Natuka con esta nueva indicación de la emperatriz a esa ocasión en que debía pedir alguna



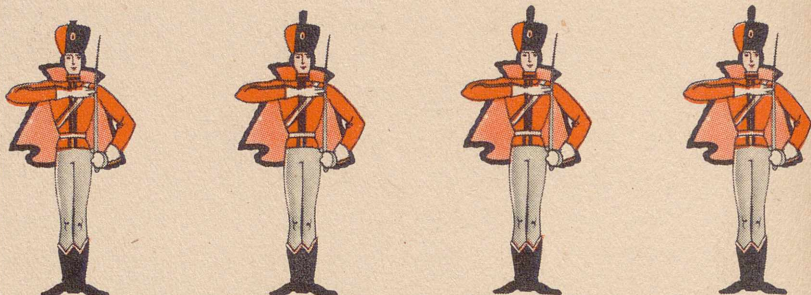
Los zapatos de la emperatriz

cosa. La primera vez creyó que se trataba de una gentileza de su soberana, pero la nueva y concreta alusión parecía encerrar una significación especial.

Hizo algunas discretas indagaciones y pronto supo que en el aniversario de su nacimiento, entre otras muchas mercedes y festejos, existía la costumbre de que la emperatriz recibiera en audiencia especial a todos los jefes y soldados de su guardia. Durante esta audiencia, cada uno pedía una gracia que, casi siempre, era concedida, y a ese momento aludía, sin duda, la emperatriz cuando dijo a Natuka que pensara la petición que deseara hacer.

Llegó el día señalado, y aunque Natuka se había acos-

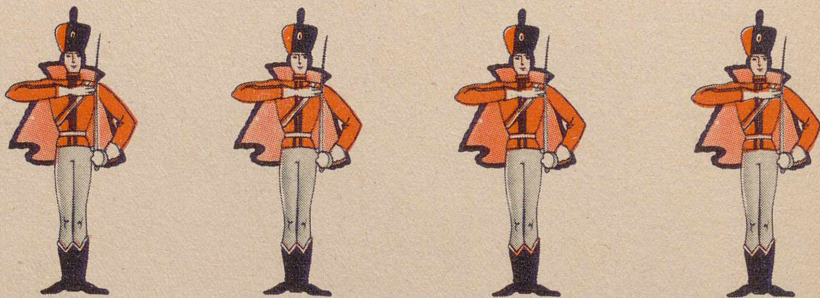




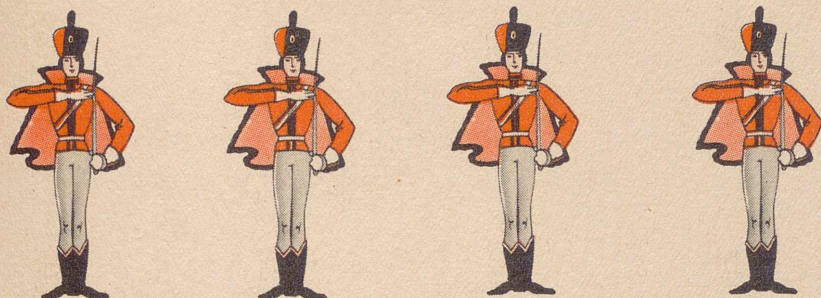
tumbrado al lujo y brillo de la corte, quedó deslumbrado ante el aspecto que presentaba el gran salón de recepciones. Millares de personas con vistosos uniformes; damas con preciosos vestidos cuajados de pedrería y joyas valiosísimas ofrecían un conjunto tan bello como deslumbrador.

Un ujier anunció solemnemente a la emperatriz. Con riquísimo vestido de hilo de oro, adornado con numerosas joyas de incalculable valor, el cetro en la mano y la imperial corona en la cabeza, apareció la soberana, lenta y majestuosamente. Todas las cabezas se inclinaron. Sentada en su trono de oro, la corte desfiló ante la emperatriz para ofrecer sus respetuosas felicitaciones.

Terminada la brillante ceremonia, pasó la soberana a otro



Los zapatos de la emperatriz



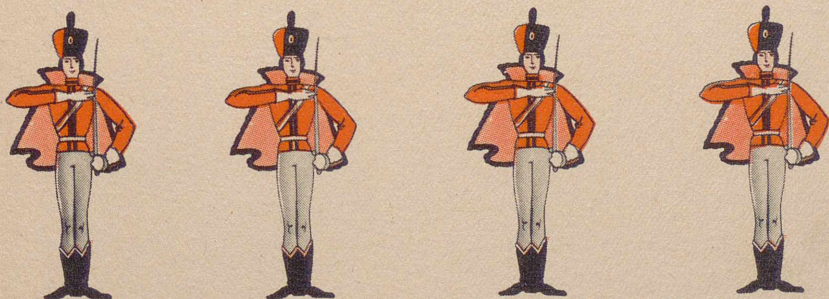
salón para recibir a su guardia personal. Durante esta especial audiencia era cuando cada miembro de la guardia pedía una merced. Reunida toda la guardia con su coronel a la cabeza, dijo la emperatriz:

—Vamos a ver lo que me piden mis valientes soldados.

Primero el coronel y luego por orden de jerarquías, cada uno solicitó una gracia, inmediatamente concedida. Llegó el turno a Natuka:

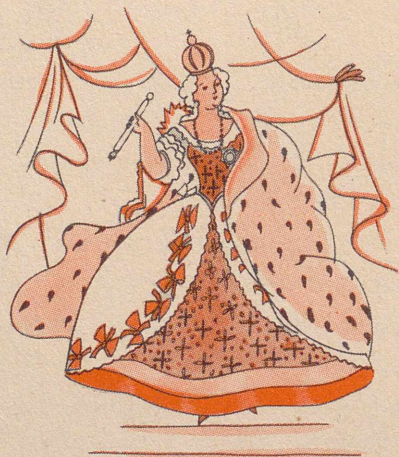
—Supongo que tendrás bien pensada tu petición. ¿Qué desea mi buen Natuka?

Apenas pronunciadas estas palabras, sin darse cuenta de lo que decía y como obedeciendo a una repentina inspiración, respondió Natuka:



— Si os dignárais regalarme unos zapatos vuestros, me haríais el más feliz de los hombres.

Al oír tan desatinada petición, el coronel palideció y miró a Natuka creyendo que se había vuelto loco. El mismo Natuka se puso blanco, avergonzado por lo que acababa de expresar.



Durante unos segundos miró fijamente la emperatriz a Natuka. Por fin rió de buena gana.

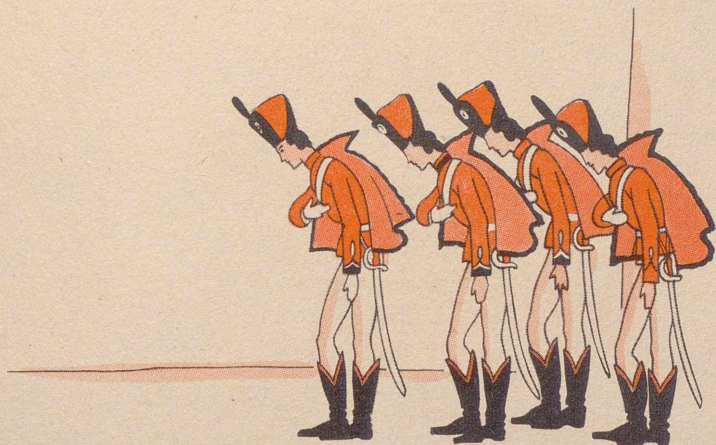
— Extraña de veras es tu petición, y creo que acierto al suponer que encierra algún misterio. Te complaceré en tus deseos, pero antes has de explicarme por qué has solicitado una gracia tan rara. Ven a verme mañana.

Siguieron las peticiones de los otros soldados, y cuando terminó la ceremonia, todos miraban a Natuka como un bicho raro y sin atreverse a hablarle. El coronel le dirigió furiosas miradas como diciendo:

Los zapatos de la emperatriz

— Por una imbecilidad has echado a perder un magnífico porvenir.

El mismo Natuka se sentía profundamente contrariado. Creía, también, que la emperatriz había ocultado su contrariedad y que en la audiencia del día siguiente se limitaría a



despedirle de su servicio. Se encerró en su cuarto para no ver a nadie.

A la mañana siguiente, sin haber dormido, pálido y cansado, fué a palacio. Cuando fué recibido por la emperatriz, se arrodilló ante ella.

— Señora, dignaos concederme vuestro perdón, que os pido humildemente.

— Dispuesta estoy a perdonarte, pero antes debo saber en qué consiste la falta. Me hiciste ayer una petición, que ofrecí concederte, y ahora has de decirme por qué has pedi-

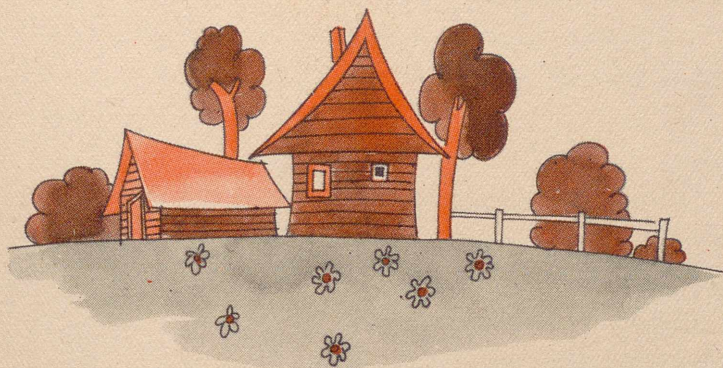


do cosa tan rara. Pero quiero saber toda la verdad — y la emperatriz miró fija y severamente a Natuka —. De otro modo, perderás todo mi favor.

Comprendió Natuka que sólo podía sacarle de aquella situación una sincera confesión, y refirió todas sus relaciones con Bituki así como la causa de su disgusto y de su viaje a la capital.

— Sin darme cuenta en aquel momento de la irreverencia que representaba, hice ayer mi petición — terminó —. De todo corazón os pido que la olvidéis y me perdonéis.

— Nada de eso, mi bravo Natuka. Me ha gustado mucho tu historia y quiero terminarla. Pero has de seguir fielmente



mis instrucciones. Tienes que averiguar primero si, como yo imagino, Bituki te quiere realmente y está arrepentida de su actitud y triste por tu ausencia. Ahora mismo te dará una de mis camareras los zapatos que llevé ayer en la recepción. Con ellos irás a tu pueblo y si Bituki te espera, se los regalas. Pero como merece un pequeño correctivo por su vanidad excesiva, harás lo siguiente. Y la emperatriz dió a Natuka unas instrucciones que éste oyó muy sonriente.

La pobre Bituki estaba, efectivamente, desolada. Cuando vió partir a Natuka y supo al día siguiente que no estaba en el pueblo, comprendió todo lo equivocado de su conducta y como en el fondo era buena y amaba realmente a Natuka,

se encerró en su casa sin querer ver a nadie. Cada día más triste, se reprochaba constantemente su mal comportamiento con Natuka, a quien ya consideraba perdido, cuando una de sus mejores amigas, sin anunciarse ni pedir permiso, entró como una tromba en su cuarto.

— Ha llegado Natuka. Viene vestido con un precioso uniforme, montado en un soberbio caballo y con dos soldados como escolta. Parece un personaje y sé que ha preguntado por ti.

Sonrió por primera vez Bituki, e iba a hacer treinta preguntas al mismo tiempo, cuando llamaron a la puerta y por la ventana vió al propio Natuka. Pero ¡cómo llegaba! ¡Parecía realmente un personaje!

Bituki, toda emocionada, dijo a su amiga:



Los zapatos de la emperatriz

— Abre tú la puerta mientras yo me arreglo un poco.

Más encarnada que una cereza salió Bituki, pese a todos los esfuerzos que intentó hacer para evitarlo. ¡Qué gallardo y qué guapo estaba Natuka con aquel precioso uniforme! ¡Qué reverencia tan graciosa hizo a Bituki! ¿Qué iría a decir-la? Todo esto pensaba Bituki, cuando oyó a Natuka:

— Querida Bituki. Vengo a cumplir mi ofrecimiento; aquí te traigo los zapatos de la emperatriz.

Sacó un abultado paquete, y al desenvolverle, ante la espantada Bituki aparecieron dos zapatos de hilo de oro cuajados de pedrería. Jamás soñó ella que pudiera existir cosa semejante. Pálida de emoción, y deslumbrada por el soberbio regalo, sólo acertó a contestar con entrecortadas palabras:

— Querido Natuka, nunca creí que tomaras en serio



mis tonterías, por las que te ruego me perdones. No soy digna de llevar estos riquísimos zapatos y sólo me importa saber si vienes a quedarte en el pueblo y si todavía represento algo para ti.

Natuka, que seguía fielmente las instrucciones de la emperatriz, contestó:

— Como me aconsejaste que no me conformara con ser



un simple herrero y me pareció muy acertado el consejo, este uniforme que llevo es el de la guardia personal de nuestra emperatriz, de cuyo cuerpo soy suboficial. Por mi cargo tengo deberes que cumplir y mi soberana sólo me ha otorgado permiso para que venga a cumplir mi promesa de entregarte estos zapatos, pero a condición de que regrese inmediatamente a la corte. Así debo hacerlo. Por otra parte, quizá ignores que cuantos pertenecemos a la guardia imperial no podemos ca-

Los zapatos de la emperatriz

sarnos sin permiso y autorización expresa de la emperatriz, a cuyas órdenes estamos. Yo salgo ahora mismo camino de la capital y después que dé cuenta de mi viaje, ignoro lo que se dignará disponer la emperatriz.

— Mucho me alegra tu buena suerte, y aunque sea a costa de mi felicidad, te deseo todo género de venturas y prosperidades — respondió Bituki.



Hizo una elegante reverencia y salió Natuka. Bituki rompió a llorar y como su amiga intentara consolarla al decirle que aquellos zapatos valían una fortuna, exclamó:

— ¡Déjame a mí de zapatos, ni de riquezas! He perdido lo que más quería, y bien empleado me está por mis simplezas y tonterías.

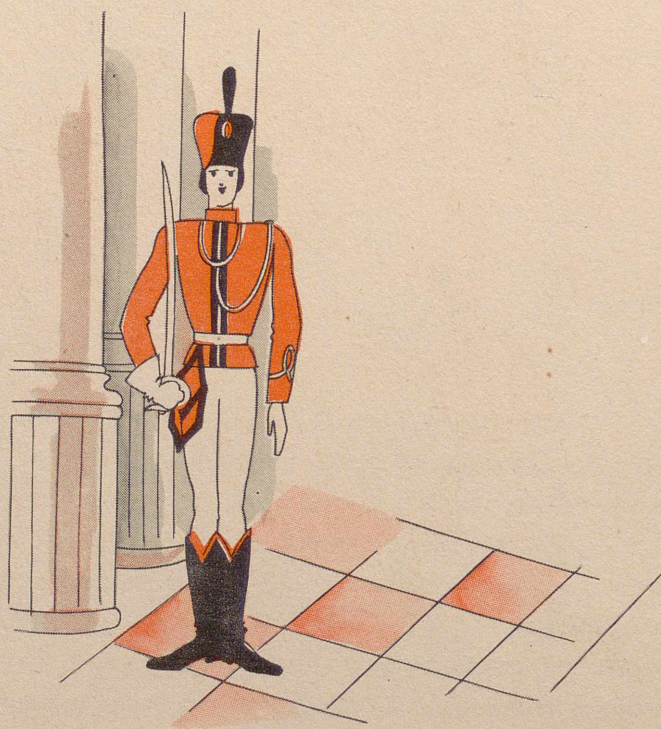
Natuka, que todavía oyó estas palabras, sonrió muy satisfecho, y montando a caballo partió tan veloz como alegre

Una vez en la capital corrió a palacio, y refirió a la emperatriz todo lo sucedido durante su viaje.

— Me parece muy bien y ha ocurrido precisamente lo que yo esperaba. Ahora deja este asunto en mis manos. Veremos si los zapatos de la emperatriz sirven para algo importante.

Ante estas palabras, Natuka tuvo que salir, pero lo hizo menos alegre que entró.

— ¡Con tantos asuntos importantes como tiene la emperatriz, es natural que se olvide de la pobre Bituki! Yo hubiera querido volver al pueblo para decirle que mi deseo es casarme



Los zapatos de la emperatriz

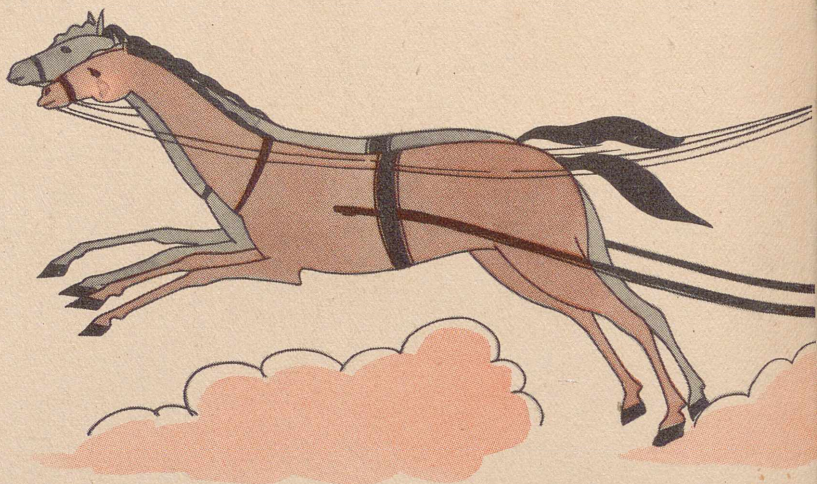
con ella, pero no es posible después de las órdenes tan terminantes que he recibido.

Y el buen Natuka se fué al cuartel, donde todavía le miraban con algún recelo.

Pero se equivocaba Natuka al suponer olvidada a Bituki. La abatida y triste muchacha, con enorme sorpresa, vió un día que paraba a su puerta un elegante carruaje. Salió para ver de lo que se trataba, y el lacayo preguntó por ella y añadió que tenía orden de la emperatriz de llevarla a la capital.

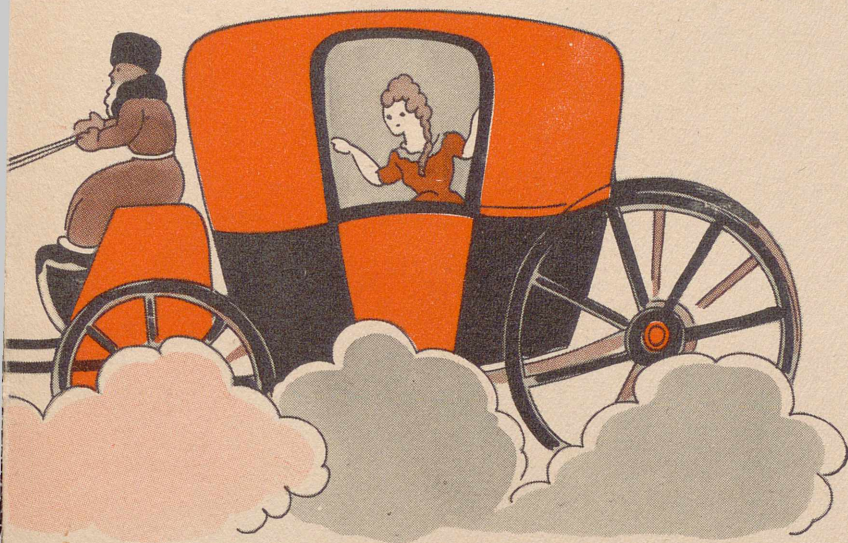
Fué tan grande su impresión, que Bituki no tuvo tiempo





para reflexionar si aquella orden sería favorable o desfavorable. Hizo sus preparativos en un momento y subió al carruaje. Durante el trayecto daba vueltas y vueltas en su cabeza sobre la finalidad de aquel viaje a la capital, y tan pronto se ponía muy contenta como suponía que la emperatriz la llamaba para meterla en la cárcel. Pronto veremos cuál de sus suposiciones era la acertada.

Natuka estaba de guardia, y aunque atendía a sus obligaciones con su acostumbrada puntualidad, fácilmente se advertían su preocupación y disgusto. Un ujier vino a decirle que le esperaba la emperatriz. Creyó que se trataba de algo relacionado con el servicio, y acudió al punto.



— Nunca he considerado como una verdadera petición la que solicitaste el día de mi cumpleaños — dijo la emperatriz — . Por ello, y en mi deseo de protegerte, me he preocupado de buscarte esposa. Estás ya en edad de casarte y creo que será de tu agrado mi elección.

La cara de Natuka tenía el color más pálido que nunca tuvo cara alguna, cuando inclinándose respetuosamente, dijo:

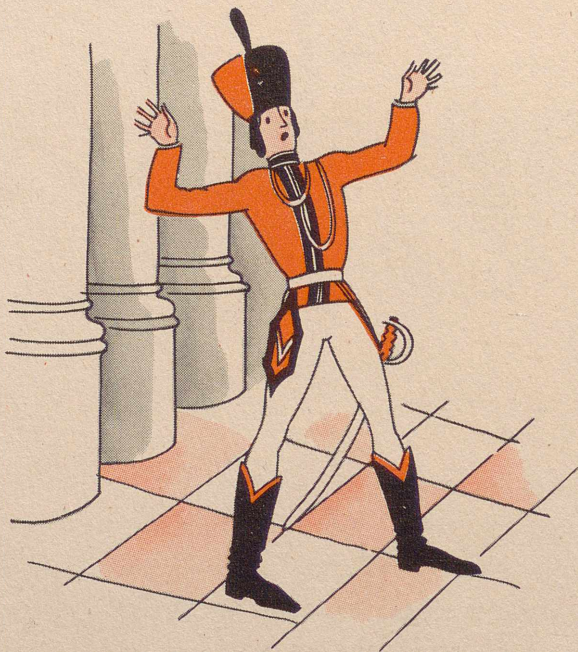
— Señora, os debo muchas mercedes y siempre cumpliré gustoso las órdenes que os dignéis transmitirme.

Una maliciosa chispa brillaba en los ojos de la emperatriz al contestar:

— Así me gusta, y como seguramente sentirás gran impa-

ciencia por conocer a tu novia, voy a presentártela ahora mismo.

Dió una orden la emperatriz y Natuka miró hacia la puerta con la misma expresión con que un condenado a muerte



espera la aparición del verdugo. Se abrió la puerta y apareció una linda y sonriente joven con precioso traje. Natuka, olvidando por primera vez la disciplina militar, se pasó la mano por los ojos, por creer que soñaba. Aquella preciosa muchacha era la misma Bituki.

— ¿Acaso no te agrada tu prometida? — preguntó la emperatriz.

Los zapatos de la emperatriz

— ¡Señora, os debo más que la vida! — dijo Natuka, que besó de rodillas la mano de su soberana.

— Sed muy felices y contad con mi protección si, como hasta aquí, sois dignos de ella.



Y Bituki y Natuka se casaron y fueron muy felices.



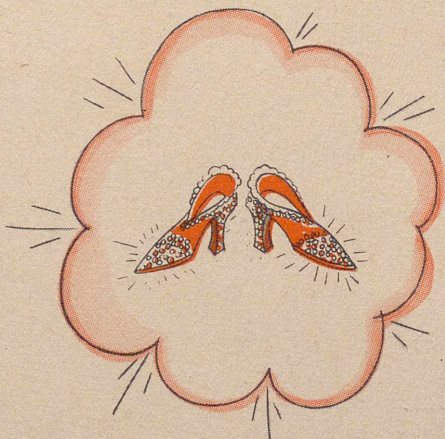
Es una historia muy bonita, pensarán muchos o todos mis lectores, pero no sabemos lo que fué de aquel pobre diablo que quedó encerrado en una caja y del cual no se nos ha vuelto a decir una palabra.



... y Bituki y Natuka se casaron y fueron muy felices...

Los zapatos de la emperatriz

Tan justificada encuentro la observación, que yo mismo me la hice cuando terminé de leer el antiquísimo pergamino donde encontré esta linda leyenda. Y por no conformarme con esta omisión del desconocido autor, indagué, busqué y leí durante bastante tiempo, hasta que casualmente cayó en mis manos otro pergamino donde vi el nombre de Natuka. Allí encontré la explicación de un comentarista, según el cual aseguraba, todo lo referente al diablo fué pura invención de Natuka, que de ese modo quiso embromar un poco a sus crédulos paisanos. Yo he respetado los deseos de Natuka, y he hecho figurar al diablo en mi relación; pero desde el primer momento me pareció que un joven valiente y decidido no necesita ayuda de ningún diablo cuando se propone lograr una cosa con verdadero empeño.





BIBLIOTECA
ENCICLOPÉDICA

Tomo XXIV



CALLEJA

G 62242